

Leer para transformar el mundo

Discurso pronunciado por
Agustín Fernández Paz
o día 29 de novembro de 2011 En Guadalajara (México)
con motivo da entrega do Premio Iberoamericano SM

EDICIÓN **XERAIS** DE GALICIA

© Agustín Fernández Paz, 2011

© Edicións Xerais de Galicia, S.A., 2011
Doutor Marañón, 12. 36211 Vigo
xerais@xerais.es

Buenas tardes, amigas y amigos, cómplices del entusiasmo por los libros y la lectura, habitantes de la República dos Sonhos, que diría Nélida Piñón.

Qué difícil es encontrar palabras que no suenen tópicas en un momento como este. Pero no sé decirlo de otro modo: me emociona verme aquí, en esta Feria Internacional del Libro, donde el entusiasmo late con tanta energía que se diría capaz de cambiar el mundo. Y que la celebración de este acto sea para entregarme el Premio Iberoamericano SM, me parece un sueño. Una locura maravillosa, que me ha traído desde Galicia, el Finisterre europeo, hasta México, hasta esta evocadora Guadalajara, tan próxima a la mítica Comala a la que tantas veces he viajado a través de las palabras de Juan Rulfo.

Antes de nada, debo dar las gracias.

Gracias a María Jesús Gil, por todo lo que ha dicho sobre mí y sobre los libros que he escrito en todos estos años. Son palabras cargadas de afecto y amistad, que agradeceré siempre.

Gracias al jurado que decidió premiar mi trabajo como escritor; es una honra figurar junto a las personas premiadas desde el 2005, desde Juan Farias a Laura Devetach, todas ellas ejemplos de vida y de altura literaria.

Mi agradecimiento también a las instituciones que hacen posible la existencia de este Premio Iberoamericano: CERLALC, Fundación SM, IBBY, OEI y OREALC-UNESCO. Y para el equipo organizador de la FIL que hoy nos acoge en este salón Juan José Arreola, a quien descubrí en los años setenta en Barcelona y que nunca he dejado de admirar. Y para Rosalía y las demás personas de la Fundación, que se han desvivido para que yo pudiera estar hoy aquí.

Y, cómo no, gracias a todas las personas que me han hecho como soy. A mi padre, que me contagió su pasión por la lectura, y a mi madre, que recuerdo aquí a través de los versos robados a mi admirado José Ángel Valente: *cuanto hay de amor en nuestras manos nace / del amor que nos diste.*

A mi esposa Inma, la mujer de mi vida, y a mi hija Mariña, que me acompaña en este momento feliz. Y a todos los que me ayudaron a mejorar como persona

y como escritor (y en la sala están dos nombres esenciales en mi biografía literaria, M^a Jesús Gil y Manuel Bragado).

Y gracias a México, por acogernos hoy y por acoger –hace 72 años– con tanta generosidad a los exiliados españoles. Nombres fundamentales para mi generación, desde Luis Buñuel a León Felipe, desde Max Aub a Luis Cernuda, encontraron aquí el ámbito propicio para desarrollar su arte. Y, como gallego, no puedo olvidar que fue en México donde se publicó la revista *Vieiros*, en los años cincuenta, de la mano de exiliados como Carlos Velo y Luis Soto. El primer periódico digital en gallego, creado en 1996, se llamó también «Vieiros», en homenaje a esta revista de los gallegos de México.

Debería continuar, como si este fuera el discurso de los abrazos, que diría Eduardo Galeano, pero sé que dispongo de poco tiempo y que también debo referirme al oficio de escribir que me ha traído hasta aquí. O, mejor dicho, a la escritura y a la lectura, esas dos realidades indisociables como las caras de una moneda.

M^a Jesús Gil ha citado a Álvaro Cunqueiro, uno de los grandes escritores que ha dado Galicia, con esa definición maravillosa, tan útil para expresar la necesidad de la lectura: *el hombre precisa en primer lugar,*

como quien bebe agua, beber sueños. ¡Beber sueños como quien bebe agua!

Palabras semejantes a las de Cunqueiro las encontramos también en Paul Auster, en el discurso de recepción del Premio Príncipe de Asturias de las Letras del año 2006: *Necesitamos historias casi tanto como el comer, y sea cual sea la forma en que se presenten —en la página impresa o en la pantalla de la televisión— resultaría imposible imaginar la vida sin ellas.*

Y, hace solo unos meses, Juan José Millás reiteraba la misma idea en una de sus columnas para el diario EL PAÍS: *Desde que el mundo es mundo, mientras unos amasan el pan que comemos por la mañana, otros urden las historias que devoramos por la noche. Estamos hechos de pan y de novelas.*

Cunqueiro, Auster, Millás... Es la misma idea reiterada una y otra vez. Como comer, como beber agua, como el pan de cada día: imágenes luminosas para ilustrar la necesidad de la lectura. Porque todas las personas necesitamos historias, todas tenemos sed de palabras: como si fuera una característica inscrita en el ADN de la humanidad.

Precisamos las historias para entender el mundo y para entendernos; para vivir otras vidas, para maravillarnos de todo lo que la existencia nos da. Y el soporte privilegiado para llegar a ellas está en los libros, que contienen los sueños, las ideas, la imaginación, los sentimientos y experiencias de las personas, de las que

viven ahora en cualquier lugar del mundo y de las que desaparecieron hace muchos años.

Me encanta que me cuenten historias. Formo parte de una generación que, como ahora los dinosaurios, será pronto una especie extinguida: la generación de las personas que vivimos la infancia sin la presencia de la televisión y crecimos con las narraciones orales que se contaban alrededor de la cocina de hierro, en el tiempo de invierno, o al aire libre, bajo las estrellas, en las noches de verano.

Los años de la niñez tienen una relevancia especial, y no lo digo porque la mayoría de mis libros se encuadre en lo que llamamos literatura infantil. Rilke escribió que la patria de una persona es la infancia, y Pessoa afirmaba que la patria de un escritor era su lengua. En mi caso, lengua e infancia me llevan a mis años en Vilalba, cuando asistí a la creación del mundo y fui descubriendo los nombres de las cosas, en ese proceso maravilloso que se repite durante los primeros años de vida de cualquier persona y que tan bien expresó García Márquez en las líneas iniciales de *Cien años de soledad*.

Las historias eran un componente esencial de aquel tiempo. Estaban en las palabras de los narradores orales, y en los escasos libros, y en las historietas, y en los

seriales de la radio, y en el cine, en las películas inolvidables que tanto nos fascinaban. Eran años amargos, la posguerra española no fue nada fácil, pero aquellos mundos creados con palabras e imágenes nos ayudaban a vivir y expandían el territorio sin límites de la imaginación.

El placer de leer lo descubrí en mi casa, de la mano de mi padre. En las pocas horas libres que le dejaba el trabajo, nos transmitió a mis hermanos y a mí el deseo de leer. Ese primer estadio, el del entusiasmo ante lo que lees, semejante al que tan bien describe Michael Ende en *La historia interminable*, me lo contagió mi padre. Porque la lectura es un placer que se contagia, y quizá solo pueden transmitirlo quienes antes hayan experimentado en su carne ese mismo placer.

Si tuviera que definirme en pocas palabras, diría que soy un lector que un día decidió pasar al otro lado del espejo y contar sus propias historias. Hoy me presento aquí como escritor, un oficio que, en palabras de Paul Auster, *es una extraña manera de pasarse la vida: encerrado en una habitación con la pluma en la mano, hora tras hora, día tras día, año tras año, esforzándose por llenar unas cuartillas de palabras con objeto de dar vida a lo que no existe... , salvo en la propia imaginación. Esa necesidad de crear, de inventar, es sin duda un impulso humano fundamental.*

Sí. El acto de crear por medio de la escritura tiene algo de irracional y maravilloso que quizá sirva para explicar el ansia que nos lleva a estar horas y horas ante el papel o la pantalla del ordenador, en busca de un texto donde, por decirlo con palabras de Luis Cernuda, otro exiliado en México, consigamos que sea algo más corta la distancia entre la realidad y el deseo.

Escribir es como tejer una tela, una creación paciente y minuciosa; la diferencia está en que se hace con los hilos de nuestra vida. La idea de que la literatura se teje con los hilos de la vida me parece esencial. La vida, en sentido amplio, es el único material que tengo a mano para construir mis libros, todo sale de ella. Desde las tramas, que me sirven para expresar mi visión del mundo, hasta la forma del texto, con mi experiencia de lector como telón de fondo.

Que las historias salgan de mi vida no es una limitación. Al revés, se trata de lo único original que puedo aportar a las personas que viven conmigo y a las que vivirán cuando yo ya no esté, si es que alguien lee entonces mis libros. Las personas, todas, somos irrepetibles. Somos únicas, poseemos una visión del mundo, unos sentimientos, unas experiencias que nos singularizan y que desaparecerán con nosotras.

A mí esto me parece extraordinario, y creo que está en la raíz de ese impulso irracional que me lleva a

inventar historias en las que quede reflejada mi visión del mundo y de la vida.

He escrito libros muy diversos a lo largo de bastantes años. He intentado que todos ellos funcionen como un iceberg, del cual el texto es solo la parte visible. Siempre son historias dirigidas a todas las edades, porque tengo muy claro que un libro, aunque se dirija en primer lugar a un lector infantil o juvenil, debe de interesarle también a un lector adulto. No conseguir esto es un signo de fracaso, lo digo como lector y como escritor.

El procedimiento que prefiero es imaginar historias que suceden en un contexto realista pero en las que, de un modo u otro, irrumpe algún elemento fantástico. El empleo de elementos fantásticos tiene una alta rentabilidad literaria. Sirve para hablar de la realidad con una profundidad mayor, desvelando aspectos que con el realismo estricto sería más difícil.

Además, por lo que tiene de atractivo y por la libertad que me da, lo fantástico me permite un acercamiento más efectivo a temas difíciles de abordar, sobre todo para unos lectores en formación, como son los de la LIJ, esa literatura a la que he entregado una buena parte de mi vida. Como Jostein Gaarder, también yo digo que estoy empeñado en una batalla explícita por la dignificación de la literatura infantil y juvenil.

Vuelvo a la lectura, en mis palabras finales, porque además del de escritor no puedo olvidar mi trabajo como docente durante más de treinta años. Y, formando parte de él, la permanente actividad de promoción de la lectura.

La lectura no solo nos ayuda a crecer como personas, sino que también es imprescindible para construir una sociedad mejor, más justa, con ciudadanos críticos y responsables. Aunque en muchas ocasiones escuchamos análisis sombríos, yo prefiero fijarme en los muchos síntomas que invitan a la esperanza. La infancia y la juventud nunca tanto leyeron como hoy; Internet está siendo un inesperado aliado en la extensión de la lectura; los libros de calidad nunca fueron tan numerosos, como constatamos en nuestros paseos por los stands de la Feria.

Pero la lectura es un placer que exige tiempo y constancia. Por eso su promoción tiene que formar parte de las prioridades estratégicas de cualquier sociedad democrática. Es importante que las administraciones apoyen de una manera decidida leyes y medidas que favorezcan la biodiversidad cultural, tanto a través del libro de papel como a través de la Red. Por eso es urgente y necesaria esta revolución silenciosa en la que tantas personas andamos embarcadas. La revolución de la lectura, imprescindible para conseguir una sociedad más democrática, más justa, más feliz. Esa revolución que florece imparable en Guadalajara cada año.

La literatura tiene una dimensión muy profunda, pues es capaz de llegar a la esencia que nos caracteriza como seres humanos. La complejidad de las personas, la hondura de la vida, las grandes preguntas de la humanidad, los sentimientos y las emociones... Todo eso está en los libros, que tienen la capacidad de cambiarnos la vida y de mejorar la sociedad. Lo enunció de manera inolvidable Gianni Rodari, en su *Gramática de la fantasía*:

La creatividad y la fantasía sirven a las personas precisamente porque en apariencia no sirven para nada. Pero sirven a la persona completa. Si una sociedad basada en el mito de la productividad solo tiene necesidad de hombres mutilados –fieles ejecutores, diligentes reproductores, dóciles instrumentos sin voluntad– quiere decir que está mal hecha y que es necesario cambiarla. Para cambiarla hacen falta hombres y mujeres creativos, que sepan utilizar la imaginación. Desarrollemos la creatividad de todos, para transformar el mundo.